

y trataban de rebeldes á los que se atrevían á defender su hacienda, sus mujeres y sus hijas.

Habiendo muerto Hardecanto de repente en un banquete (1041), se sublevaron los sajones contra los daneses, á quienes obligaron á regresar á su patria, y eligieron por rey á Eduardo, hijo de Etelredo. Desprovisto este príncipe de las brillantes cualidades que se admiran y se maldicen, llegó de Normandía, donde se había refugiado, y se casó con la hermosa é instruida Edita, hija de Godwin, principal motor de los últimos sucesos. Se decía proverbialmente: *Edita ha nacido de Godwin como nace la rosa de la espina.*

Entonces se pensó en restablecer las costumbres anglo-sajonas, tanto, que las leyes de Eduardo el Confesor, han quedado en las memorias como tipo de los privilegios nacionales, aunque él no dictó ningunas. El *danegheld*, tributo percibido primeramente para el mantenimiento del ejército contra los daneses, y luego para pagar el tributo á éstos, quedó abolido como inútil, desde el momento en que su poder se debilitó fuera. Aquellos que se habían establecido en el país permanecieron allí entregados á trabajos pacíficos, y se fundieron con los naturales.

Aunque al recibir la corona prometió Eduardo no conferir empleos á los normandos (9), entre los cuales había pasado su juventud, antiguos beneficios valieron á algunos de aquellos extranjeros, cargos y la confianza del rey. No se hablaba más que el idioma normando en la corte: las casacas normandas habían reemplazado el manto sajón, y las cosas habían llegado á tal punto, que los ingleses decían haber caído de nuevo bajo el extranjero yugo. De la burla se pasó al insulto, luego se vino á las armas. Godwin y sus hijos se unieron á los descontentos, pero fueron derrotados y proscritos. Procediendo entonces Eduardo con más osadía, como acontece cuando se ha desbaratado una trama, señaló dignidades seculares y eclesiásticas á los normandos, cuyas intrigas é insolencias ofendían á la nación. Godwin y sus hijos volvieron á empuñar las armas, y cediendo el rey Eduardo á los consejos de los prudentes, admitió su homenaje y amistad. Asustados entonces los normandos, abandonaron sus empleos para huir del país, donde fueron desterrados por un witenagemot. No contento Godwin con este triunfo, volvió á intrigar con objeto de apoderarse del trono, pero la muerte llegó á desbaratar sus proyectos. Tornó á emprenderlos su hijo Haroldo, valiente guerrero (1053), á quien sus victorias hicieron adquirir mayor crédito en el favor del pueblo, y que llegó á ser jefe del partido opuesto á los normandos. Sin embargo, debía ser el principal instrumento de su grandeza.

**Guillermo el Conquistador.**—Entre el número de

(9) Designaremos desde ahora de este modo á los normandos establecidos en Normandía, á quienes veremos en breve conquistar la Inglaterra.

los huéspedes que llegaron de Normandía á visitar al rey Eduardo, se contó Guillermo (10), bastardo y sucesor de Roberto, duque de Normandía, apellidado el Diablo. Educado este príncipe en el ejercicio de las armas, su primera y única enseñanza, adquirió valor y ferocidad, y aquella ambición que admite toda clase de medios para alcanzar sus fines. Cierta día que los ciudadanos de Alençon, cuyas murallas asediaba, se habían puesto á tundir cuero, para echarle en cara que su abuelo había sido zapatero de viejo, mandó al instante cortar los pies y las manos de los prisioneros caídos en su poder, y arrojar dentro de la ciudad aquellos despojos. Mientras que los demás no buscaban en Inglaterra sino el favor regio y dinero, él se ocupaba en examinar las fuerzas y riquezas del país; y el deseo de apoderarse de él, que se había despertado en su alma, se convirtió en esperanza de lograrlo, al encontrar allí tantos normandos, y ver los muchos homenajes de que era objeto. Eduardo, que le había recibido como á un antiguo amigo, á su vuelta le entregó un hijo y un sobrino de Godwin, que tenía en rehenes, para que los custodiase. Cuando Godwin cesó de inspirar temores, Haroldo suplicó á Eduardo que le permitiese ir en persona á traer los dos rehenes; y aunque el monarca, desconfiando de la astucia normanda, se lo consintió con dificultad, él se puso en marcha como para un viaje de recreo, con el halcón al puño y sus lebreles en trailla. Habiéndole hecho zozobrar una tempestad junto á las tierras de Guido, conde de Ponthieu, éste le detuvo prisionero por derecho de albinaje, hasta que informado de su cautiverio el bastardo de Normandía pagó por él un enorme rescate, y le hizo en sus dominios una urbana acogida, aunque le reconociera por uno de los más encarnizados enemigos de los normandos. Detúvose por largo tiempo, mostrándole parte por parte el país; hizo caballeros á los dos rehenes que le restituía, y les indujo á probar las nuevas espuelas en una expedición contra los bretones; después de haber ganado desterrado Eduardo vivía conmigo bajo el mismo techo, me prometió hacerme su heredero si llegaba á ser rey de Inglaterra. Si me ayudas á realizar esta promesa, saldrás bien librado, y no te negaré nada de lo que me pidas.» Y antes de que Haroldo pasmado hubiese hallado una respuesta: «Darás tu hermana en matrimonio á uno de mis barones; te casarás con mi hija Adela: al partir me dejarás uno de los dos rehenes; te le restituiré luego que haya desembarcado en Inglaterra, donde fortificarás el castillo y lo entregarás á mis soldados.»

Haroldo estaba en la corte, hablaba con un príncipe, su bienhechor: y así nada pudo negarle, reservándose desmentir aquel tratado, en cuanto se viese dueño de sí, en punto seguro; pero Guiller-

(10) *Ego Guillelmus cognomento Bastardus*. *Rev. Franc.*, XXII, p. 568.

mo, convocando una junta de los señores normandos, invitó á Haroldo á que jurase, con la mano puesta sobre dos relicarios, que cumpliría la palabra empeñada. Tampoco de esto pudo librarse; pero no bien hubo pronunciado el juramento, cuando Guillermo mandó levantar el tapete en que estaban los dos relicarios, y mostró debajo de él (astucia propia de la época), una urna llena hasta el borde de las reliquias más veneradas de Normandía. La superstición hizo que Haroldo se creyera más obligado que antes por un juramento prestado á tantos santos y de tal nombradía; y á su vuelta contó ingenuamente al rey Eduardo lo que había acontecido, y viendo en esto la mano de Dios, exclamó: «El señor ha tendido su arco, ha preparado su espada y la esgrime como un guerrero; su cólera se manifestará por el hierro y por las llamas. Rogaba al cielo que no le reservara para ser testigo de las calamidades que se preparaban, y como este temor le entristeciese y acortase su vida, exhortó á los jefes de la nación, á que no teniendo él hijos escogieran por rey á Haroldo como el único capaz de hacer frente á la tormenta. Aquellas voces y estos consejos divulgados entre el pueblo, esparcían un terror vago, una tremenda expectación.

Haroldo se esforzó por reanimar á los suyos y por restablecer el orden, puso nuevamente en vigor los usos anglo-sajones, y habiéndole intimado Guillermo de Normandía que descendiera del trono (1066) sino quería esponerse á los mayores infortunios, respondió que reinaba, no por su voluntad, sino por elección del país. Entonces Guillermo, uniendo la astucia al denuedo, alegó la promesa de Eduardo y de Haroldo, la matanza de los daneses en la noche de San Bricio, y la de los normandos que habían acompañado á Alfredo. Entre tanto levantó tropas, pidió socorros á la Escandinavia, y halló apoyo en Tostig, hermano de Haroldo, en los condes de Anjú y de Flandes, en Enrique IV, emperador de Alemania, y en otros príncipes irritado de lo que llamaban *mala fe del sajón*, ó seducidos por el hombre que más gritaba y podía. Este acusó á Haroldo de sacrilegio y perjurio ante la corte de Roma; y porque él se desdenó de presentar allí su defensa, la asamblea de los cardenales, á instigación de Hildebrando, que fué después Gregorio VII, le declaró excomulgado, y autorizó á Guillermo para que ocupase aquel reino, dándole como señal de investidura la bandera y el anillo que contenía un cabello de San Pedro.

Tales muestras de favor decidieron á los normandos, mal dispuestos en un principio, y de todas partes acudieron aventureros codiciosos de botín, de feudos, de gloria; pero Tostig, que intentó el desembarco antes que otro alguno, fué rechazado. Habiendo operado por su parte Haroldo III, rey de Noruega, una embestida con doscientas velas, quedó igualmente derrotado por el rey inglés, y tuvo á dicha que le permitiera

volver con veinte naves. Pero á los pocos días abordaba á aquellas playas Guillermo en persona (29 de setiembre de 1066), y echaba á tierra en Sussex un ejército de sesenta mil hombres, guerreros escogidos, con resplandecientes armas, vigorosos corceles, que confiados en la victoria se sentían además animados por los poetas Berdico y Tallaferro, cuyos cantos celebraban las proezas de los paladines de Carlomagno (11).

**Los normandos en Inglaterra.**—Al poner el pie en tierra cayó Guillermo; y para que los suyos no lo tomasen por un mal agüero exclamó: «He cogido con mis manos esta tierra, y vive Dios que es nuestra toda.» Envió un monje á Haroldo, proponiéndole abandonar el reino, ó someter la decisión de su cuestión, al papa ó al juicio de Dios, en un combate singular. No aceptó el rey ninguna de estas proposiciones y se dió la batalla en Hastings; en la que á pesar de los prodigios de valor, fueron derrotados los ingleses, y Haroldo quedó entre los muertos con la flor de los suyos (12).

(11) *Taillefer ki moult bien cantout  
Sor un cheval ki tos alout,  
Devant li dus alout cantani  
De Karlemaine et de Rollant;  
E d'Olivier et des vassals  
Ki morurent en Ronchevals.*

Crónica en versos anglo-normanda de Brut de Wace, titulada la *Novela de Ru*, escrita en verso en el siglo XII, y publicada con excelentes notas por Federico Pluquet: Ruan, 1827, 2 tomos.

(12) Guillermo de Malmesbury escribía hácia mediados del siglo XII. «Los anglo-sajones, mucho antes de la llegada de Guillermo el Conquistador, habían abandonado el estudio de las letras y el de la religión. Los clérigos se contentaban con una instrucción confusa, apenas balbuceaban las palabras de los sacramentos, y era maravilla si alguno de ellos conocía la gramática. Su ocupación era beber juntos día y noche. Se comían sus rentas á la mesa en casas pequeñas y miserables, muy diferentes de los franceses y normandos que hacen poco gasto en grandes y soberbios edificios. De aquí proceden todos los vicios que acompañan la embriaguez y afeminan al hombre. Después de haber resistido á Guillermo con más temeridad y ciego furor que ciencia militar, vencidos los anglo-sajones sin esfuerzo en una sola batalla, caen con su patria en una dura servidumbre... Los vestidos de los ingleses bajaban hasta la mitad de la rodilla: tenían los cabellos cortos, la barba afeitada, los brazos llenos de pulseras de oro, la piel pintada de adornos de colores. Comedores hasta rayar en crapula y perder la razón, comunicaron estos vicios á sus vencedores, al paso que adoptaron en otras cosas las costumbres de los normandos. Por su parte los normandos eran, y son aun en el día cuidadosos en sus vestidos, delicados en su alimento, pero sin exceso, acostumbrados á la vida militar, é incapaces de vivir sin guerra. Ardorosos en el ataque, saben, cuando la fuerza no les basta, emplear la astucia y la corrupción. Envidian á sus iguales, quisieran sobrepujar á sus superiores, y despojando á aquellos que le son inferiores, les protegen contra los extranjeros. Leales para con sus señores, la menor ofensa les hace renunciar á su fidelidad. Saben poner en balanza la perfidia y la fortuna, y venden el juramento. Son de todos los pueblos los

No obstante esto no cesó la resistencia; Guillermo tuvo que apoderarse sucesivamente de todas las ciudades y castillos, ya á viva fuerza, ya con negociaciones. Habiendo sido elegido rey Edgar, sobrino de Eduardo III, las *ansas* ó ligas comunales de las ciudades, y principalmente de Lóndres, se prepararon á la defensa. Pero cuando vieron que sus esfuerzos eran inútiles, se sometieron; y el día de Navidad fué proclamado Guillermo soberano de Inglaterra. No era ya un príncipe elegido por la nación, y la ceremonia de la coronación fué un insulto á los vencidos, que se mantenían respetuosos por millares de hombres de armas á caballo, que disponían los aplausos ó el silencio.

Aunque Guillermo no tardó en construir en Lóndres la famosa Torre (1067), no se atrevía á vivir allí, y salía frecuentemente para continuas expediciones. Impuso enormes contribuciones de guerra, y confiscó los bienes de todos los que habían seguido la bandera nacional, y dividió los despojos, enviando una buena parte al papa juntamente con la bandera de Haroldo, y á las iglesias del continente en que se habían dirigido al cielo oraciones é himnos por su triunfo.

Los fuertes y las ciudadelas que hacía construir en todas partes empleando los brazos de los sajones, eran una prueba de la poca confianza que le merecía el afecto de los vencidos, que tampoco el procuraba adquirir. Estos, desarmados é insultados en sus más caros y sagrados sentimientos, eran los únicos que escaseaban de todo; y perecían en medio de la horrible miseria que durante algunos años siguió á los desastres causados por la guerra mientras que los extranjeros vivían alegres y se hartaban del pan arrancado de la boca de los que lo habían empapado con su sudor. En todos los parajes en que ondeaba la bandera de los tres leones, los pastores normandos y los tejedores de Flandes se convirtieron en barones y señores feudales. Los capitanes obtuvieron las ciudades y las tierras jurándose vasallos de Guillermo, y las subenfeudaron á caballeros dependientes suyos, á cuyas órdenes estaban sujetos los escuderos, como á las de estos, á su vez los hugieres y criados; todos eran poseedores ó más bien tenedores de un trozo de tierra, todos habían sido ennoblecidos por la victoria. Sobrenombres burlescos se transformaron en honoríficos títulos de familia, de que hoy se glorian los altivos britanos. Orgullosos con tener por servidores á personas más ricas que lo que lo eran sus parientes en su patria, obligaban á las doncellas nobles á casarse con ellos (13), y to-

más inclinados á la benevolencia, tributando tanto honor á los extranjeros como á sus compatriotas, y no desdenaban contraer matrimonios con los vencidos. *De gestis reg. Angl.*, libro III, Rer. Fran., X, 185.

(13) *Nobilis puella despicabilium ludibrio armigerorum patebant, et ab immundis nebulonibus oppressa, dedecus suum plorabant... Clientes ditiores haberent quam eorum in Neus-*

maban por queridas á las que reunían pocos bienes de fortuna: hasta se dió un feudo á la jugadora de manos Adelina, porque había divertido al ejército.

No pudiendo soportar las provincias del Oeste tanta insolencia se sublevaron (diciembre); pero Guillermo volvió del continente y prometió á los vencidos que serían regidos por sus leyes nacionales como en tiempo de Eduardo, y cada uno gozaría de la herencia paterna. Separó de esta manera á Lóndres de la causa de los insurrectos, que falta ya de union, sin castillos ni jefes hábiles, fueron sometidos á viva fuerza. Mas como recurriesen de vez en cuando al puñal, último recurso de los débiles, Guillermo puso en vigor, para seguridad de los vencedores, la costumbre anglo-sajona de la mútua garantía. Encontróse de esta manera responsable el canton de la multa, ya fuese ó no inglés el individuo muerto. Dispuso también que toda luz se apagase á las ocho, á las campanadas de la queda; esta era una precaucion comun á otros países del Norte; se recurrió entonces á ella para tener sujeta á una poblacion que sobrepujaba en número á los conquistadores. Como no obstante era imposible arrancar á los ingleses el último patrimonio de los vencidos, sus recuerdos, se multiplicaron las guerras y crueldades y perecieron, segun se dice, cien mil hombres.

Algunos anglo-sajones volvieron á Dinamarca y Noruega, de donde en otro tiempo habían venido sus padres, ó entraron á servir en el cuerpo de los varangios en Constantinopla. Los que quedaron se refugiaron en las selvas, infestando los caminos para recobrar por particulas lo que habían perdido de un golpe. Glorificándose con el título de bandidos (*oullazes*), continuaron la guerra y difundían el terror en el seno de la paz. Entre los pantanos al Norte de Cambridge, habían formado su *campo de refugio* (1070), donde vivían seguros contra los ataques del enemigo, y desde allí se lanzaban á emprender correrías, ejecutando actos que los vencedores llamaban asesinatos, y ellos venganzas. Los monjes les ayudaban, como hemos visto que lo han hecho en nuestros días en el Tirolo y en España, teniendo inteligencias con los insurrectos, reanimando el odio contra los invasores. Daban á los sajones asilo en los monasterios, guardaban en depósito su botín ó los alimentaban con los donativos de la devocion. A pesar de todo, el campo de refugio acabó por ser destruido (1072), y el desaliento de los rebeldes aumentó la audacia de los opresores.

**Escocia.**—El mayor número y los más fuertes de los fugitivos se había retirado á las montañas de Escocia con Edgar, rey legitimo, puesto que era el elegido de la nacion. En esta comarca habían quedado los antiguos pictos, bretones y escotos, sin

*tria fuerant parentes. A buccis miserorum cibos abstrahentes.* Crónicas segun THIERRY.

haber tenido que sufrir á consecuencia de la invasion de los daneses, y gobernándose por sí mismos. Habían vencido los escotos de la montaña á los pictos de la llanura, y Kennet II había llegado á ser rey de todo el país (833), que tomó entonces el nombre de Escocia. Teniendo los pictos el mismo origen que los vencedores, no se estableció allí la servidumbre del terruño; antes bien á fin de aumentar su autoridad favorecieron los reyes á los habitantes de la llanura, que les servían para dominar los clanes de los montañeses. Malcolm III, que reinaba entonces, dió asilo y empleo á Edgar y á sus compañeros; mas Guillermo acudió para extinguir aquel foco de independencia que se formaba hacia el lado de Escocia, y después de haber tomado una vez y otra á York (1069), persiguió á los anglos hasta la muralla romana. Este territorio se repartió á la sazón entre los invasores, quienes acabaron de someter la comarca, y Edgar renunció nuevamente á su vano título de rey.

Guillermo se hizo coronar entonces por tres legados pontificales en la abadía de Westminster (1070), donde el arzobispo de York preguntó á los anglos si estaban satisfechos de tener por rey al duque de Normandía; y el obispo de Coutance dirigió la misma pregunta á los sajones, y les respondió un estruendo de aclamaciones tan sinceras y tan espresivas como se pueden esperar en semejantes circunstancias. Habiendo tomado los soldados que rodeaban por precaucion la iglesia aquel estrépito por un grito de rebelion, prendieron fuego á las casas contiguas.

**Gobierno.**—La conquista de los normandos restringió la gran libertad de que disfrutaba el país bajo la dominacion sajona: todo se hacia entonces por el pueblo, que no solo deliberaba en las asambleas nacionales, sino que también estaba representado en cada una de las divisiones políticas del territorio; nombraba á los magistrados encargados de velar sobre el orden público, los cuales daban cuenta luego á la asamblea general. Todavía en la actualidad luchan entre sí en Inglaterra los dos elementos sajón y normando, es decir, la libertad popular y el privilegio feudal.

El feudalismo, ya establecido entre los normandos, fué trasplantado por Guillermo á la isla, donde aun era desconocido. Dividió los primitivos alodios en sesenta mil y quince baronías, de las cuales dió veinte y ocho mil y quince al clero, y treinta y dos mil á los magnates normandos como feudos hereditarios, donde ejercieron una jurisdiccion completa con tribunal especial. Tutores legitimos de los hijos dejados por sus vasallos, pudieron casar á sus hijas con quien les convenia; idea paterna que ocasionó en Inglaterra indecibles vejaciones, el despojo de los huérfanos y el tráfico de la mano de las herederas.

Podían los barones subinfeudar sus posesiones á caballeros, que quedaban sujetos, en una parte proporcional, á las obligaciones de su señor respecto del soberano. También los obispos y los

abades estaban obligados á suministrar al rey ginetes en proporcion de sus feudos. De esta suerte comenzó la aristocracia inglesa, que ha subsistido hasta nuestros días asociándose con el otro elemento de la industria moderna; duracion tan sorprendente como la de la dominacion del senado romano y la de los papas. Celosa por defender y conservar el territorio de su patria tanto como los romanos el *ager*, dispensa después con largueza á sus conciudadanos las tierras de los vencidos; goza de inmensos privilegios, pero indemniza á la nacion por la ciencia y el ingenio con que dirige el comercio y por el orden que sabe sostener.

Bajo la Heptarquía cada rey tenia algunos bienes, cuyo goce le estaba reservado. Reunidos todos desde entonces en las manos de Guillermo, fué el monarca más rico de Europa, no poseyendo menos de mil cuatrocientas heredades. También se reservó las cazas por medio de prescripciones estrechamente rigurosas, y cerca de Westminster, su residencia ordinaria, hizo plantar la *selva nueva*, de treinta millas de longitud, demoliendo casas, conventos y treinta y seis parroquias. Todo el que mataba allí á un jabalí ó á un ciervo ó cortaba una rama, era condenado á perder los ojos, á la par que el asesinato de un hombre se redimía mediante una libra de plata. *Ama á las fieras como un padre* (14), decían las sátiras de aquel tiempo; pero su pensamiento secreto era arrojar de aquel punto á los outlaws que se mantenían allí con las armas en la mano. Esto fué lo que le hizo constantemente avaro hasta lo sumo de concesiones de derecho de caza, con gran disgusto de los naturales, que vivían de ella, y de sus normandos, que eran apasionadísimos á este recreo.

**Feudalismo.**—Siendo Guillermo, fuerte por sí mismo, y hallándose al frente de un gran número de nobles dóciles á sus leyes, distribuyó los feudos á quien quiso y bajo las condiciones que le plugo imponer; así, estableciendo un feudalismo gerárquico, el general conquistador quedó en clase de rey, los capitanes se convirtieron en barones y los soldados en caballeros. Mientras que en el resto de Europa se aflojaban tanto los vínculos entre los vasallos y el monarca, la corona de Inglaterra conservó tanto poderío sobre el primero de sus vasallos, como sobre el súbdito de la más ínfima clase. Hallándose aborrecidos y desparramados los feudatarios en escaso número en medio de una poblacion grande, se agruparon entorno de Guillermo, que lo podia todo en favor de su defensa y del territorio conquistado. Eran los feudos más pequeños y estaban más diseminados que entre los francos, y al paso que estos al encumbrar al trono á la nueva dinastía de los Capetos, la impusieron condiciones, Guillermo se las dictó á sus vasallos, á quienes convocaba á las asambleas para dar más

(14) *Swa Switha he ludofe tha heoder swylce he wære heova fader.* Cron. Sax. ap. GIBSON.

fuerza á los decretos reales, y disminuir la de los tribunales feudales en las causas civiles y criminales. A diferencia del feudalismo normando, Guillermo hizo que le prestaran homenaje, no solo los señores, sino también los caballeros, quienes con esto dependieron del rey inmediatamente. De este modo era verdaderamente monarca de Inglaterra, al paso que en Francia no era el príncipe más que jefe de los barones. De aquí salió una monarquía feudal en sus formas, absoluta de hecho, que mantenía la independencia hasta sofocar la libertad.

A imitación de Alfredo mandó levantar el catastro de todos los bienes raíces, donde están descritos los condados con todas sus divisiones, los nombres de los antiguos y de los nuevos propietarios, el número de las tierras, de los molinos, de los estanques, con la calidad, valor, cargas, alquileres, el número de siervos sajones, de bestias, de abejas, de arados. Este libro, que todavía subsiste, era llamado por los sajones libro del *Juicio final* (*doomsday book*), porque sancionaba su espropiación. Se le consultaba, dice Polidoro Virgilio, siempre que se quería saber cuanta lana se podía esquilarse aun de las ovejas inglesas. Se hallaba redactado con arreglo á declaración juramentada; no era un reglamento administrativo, sino un catálogo militar del género del que formaron algún tiempo después los cruzados respecto de la Grecia conquistada. Muchos normandos que en un principio se habían apropiado bienes raíces sin más derecho que el de la fuerza, se vieron entonces privados de ellos; pero contra el uso de los demás países, los mismos conquistadores quedaron sujetos al impuesto que anteriormente pagaban las tierras á los reyes sajones.

Guillermo impuso además otra contribución á los nobles para dispensarlos del servicio militar, y le sirvió para asalariar á hombres obedientes á su más mínima seña. Continuó percibiendo el *dane-geld* para el sostenimiento de las tropas auxiliares.

**Clero.**—Al antiguo clero sajón, ignorante é intruso, se substituyó violentamente otro mejor, que no fué admitido en la nueva organización social sino como propiedad personal, como vestimenta de la tierra. Lanfranco de Pavia, el teólogo más insigne de aquel tiempo, pasó desde la abadía de Caen en Normandía al arzobispado de Cantorbery, no por elección del clero, sino por la voluntad del rey. Empleóse con fervor en restaurar las iglesias desoladas, y en plegar á la obediencia á los vencidos. Se dirigía el rey por sus consejos, y cuando Guillermo salía de la isla, él era quien gobernaba en su nombre. En medio de las ruinas de las aldeas se alzaron muchas abadías, y para poblarlas afluían colonias de monjes del continente, como habían ido los guerreros para repartirse los despojos. Guillermo se mostró generosísimo con los prelados; pero el clero abusó de estas disposiciones del rey para sobrecargar á los vencidos; así por una parte aparecía el lujo, la ociosidad, el poderío; por otra el trabajo, la humillación, la miseria. Demasiado

distante Roma para conocer el mal y aplicarle remedio no veía más que celo en lo que era opresión realmente.

A pesar de todo, Guillermo no se dejó avasallar por el clero; prohibió á los eclesiásticos salir del reino sin su permiso; exigió que todo decreto de los concilios fuera sometido á la sanción real, sin la cual no se podía escomulgar á ningún oficial ni baron. Pareciendo que se había reconocido vasallo de la Santa Sede con marchar bajo la bandera papal á la conquista de Inglaterra, cuando Gregorio VII le exigió homenaje en nombre del reino, le respondió con una negativa (1076). Prohibió al clero asistir á los concilios congregados entonces en virtud de la cuestión de las investiduras, y confirió los beneficios eclesiásticos á pesar de la prohibición de Roma. Después separó los negocios eclesiásticos de los seculares, en que conocían poco antes igualmente los mismos tribunales, fortificó la jurisdicción de las curias, mandando que todo el que fuera citado ante ella compareciera sin excusa; que no se pudiera apelar de sus fallos ante los tribunales seculares, sino solamente ante el tribunal supremo, y que la autoridad real asegurara la ejecución de las sentencias.

**Los vencidos.**—Guillermo convocó á Londres doce hombres de cada provincia á fin de que hicieran bajo juramento una exposición exacta de las costumbres del país. Fueron reunidas en un código redactado en francés, y se ordenó que fuera observado. Dícese que estas leyes no eran otras que las del rey Eduardo III (15); y pudiera elogiarse la clemencia del conquistador por habérselas dejado á los vencidos. Pero ¿qué valor tenía semejante don sin la independencia y cuando el normando era por derecho superior y podía violarla á su antojo, acostumbrado como estaba á hacer su voluntad sin freno legal ni respeto humano? Ningún vínculo enlazaba al vencedor con el vencido; separados de raza y hablando distinto idioma, el uno se hallaba privado de su independencia, de sus bienes, de su tranquilidad, condenado á la obediencia y al trabajo, á la par que el otro quedaba en posesión de la autoridad y del territorio. Fué adoptada la lengua francesa en la enseñanza en los actos públicos, en la conversación, en el púlpito, de donde provinieron los muchos modismos extranjeros, que unidos al sajón, constituyeron la lengua inglesa, que ocupa el término medio entre las lenguas romana y teutónica. Hablar el sajón fué señal de humilde nacimiento, aunque no por

(15) *Electi sunt de singulis comitatibus duodecim viri sapientiores, quibus iurejurando injunctum erat coram rege Willelmo, ut, quoad possent, legum suarum et consuetudinum sancita patefacerent, nil pratermittentes, nihil addentes.*—TH. RUDBORN, *Anglia sacra*, pág. 259.—*Ces sont les loys et les coutumes, que li reis William grantat á tout le peuple de Angleterre, ice les meismes que li reis Edward, son cosin, tin devant lui.* INGULF CROYL.

eso renunció á hablarlo el vencido, y en este dialecto deploró sus miserias y maldijo al extranjero.

No era menos hábil Guillermo en proporcionar dinero que en ganar batallas. Luego que había intimado una orden no prestaba oídos á reclamaciones. Sin tolerar más rapiñas que las suyas mantuvo la tranquilidad pública, después de haber destruido el latrocinio é impidiendo las venganzas privadas. Esta fué una de las ventajas de la conquista: produjo otra aumentando las comunicaciones con la Francia y Roma, lo cual hizo cesar los malos efectos del aislamiento; mejoró el estudio de las ciencias y pulió las costumbres. Además se halló preservado el país de nuevas invasiones por parte de los escandinavos.

Guillermo estaba malísimamente dispuesto contra Felipe rey de Francia, cuando éste, para burlarse de su gordura, le mandó á preguntar si pariría pronto: *Por el esplendor y la Natividad de Dios*, exclamó (este era su habitual juramento), *que cuando salga á misa de parida encenderé tantos cirios en Nuestra Señora de París que se maravillará el rey de Francia.*

**Muerte de Guillermo.**—Efectivamente, avanzó con un ejército en contra suya (1087), talando las maduras mieses, arrancando los viñedos, incendiándolo todo, pero habiéndosele espantado el caballo en Nantes, murió de su caída á la edad de sesenta y tres años (9 setiembre), sintiendo entonces los remordimientos de las devastaciones y de

las crueldades que le habían valido el nombre de conquistador (16).

En el momento en que se iba á dar sepultura al *gran baron*, un tal Ascelino se acercó y dijo: «Obispos y clérigos, este terreno es mío: el hombre por quien orais me lo arrebató por fuerza para construir en ella la iglesia; yo no he vendido mi tierra, ni la he empeñado, ni la he perdido por culpa mía; me pertenece y prohibo que el cuerpo del ladrón sea cubierto con mi tierra.» De consiguiente hubo necesidad de transigir con el reclamante; enseguida, habiéndose cavado aprisa la huesa, pareció demasiado angosta, de modo que le entraron á la fuerza y reventó, dejando el hedor apenas tiempo de echarle encima la tierra, pesada para el usurpador. Sus poetas celebraron sus virtudes reales, y acusaron de tercos y perversos á los ingleses por no haber amado á un rey tan pacífico y justo (17).

(16) La comisión establecida en Falaise para erigir un monumento á Guillermo el Conquistador, publicó en 1846 un árbol genealógico, del cual aparece que descenden de él los actuales reyes de Inglaterra, de Prusia, de Cerdeña, de los Países Bajos, el emperador de Rusia, el rey y el pretendiente de Francia.

(17) *Gens Anglorum, turbasti principem Qui virtutis amabat tramitem. Diligeres eum, anglica terra, Si absit impudentia et nequitia tua. Cujus regnum pacificum Fuit atque fructiferum.*

(Segun THIERRY).